

24.10.77

El Día.

Mario BENEDETTI

América Latina: jóvenes allá lejos

— PRIMERA PARTE —

Son tantos y tan graves los problemas que hoy enfrentan los pueblos latinoamericanos, y particularmente los del cono sur (desde la miseria a la represión, desde el desempleo a la tortura), que esa gravedad relega a veces el análisis de otros deterioros, de más lento proceso pero también de una dramática proyección hacia el futuro. Uno de tales tópicos es sin duda el exilio, en relación con los jóvenes.

Obviamente, son muchos los desajustes que conlleva el exilio al segregar de la vida nacional a un importante sector de pueblo y obligarlo a insertarse en contornos que no siempre lo admiten de buen grado. El trasplante forzoso es arduo para cualquier edad, pero tal vez sean los jóvenes quienes, justificadamente o no, conciente o inconcientemente, se sienten más castigados por una situación tan imprevista como abusiva.

A los jóvenes, más que a los adultos o a los niños, les es casi imposible concebir este tramo de sus vidas como algo no transitorio, como una frustración a larguísimo, innominado plazo. Los riesgoso es que tal sensación, unida a una explicable inmadurez, pueda convertirlos en víctimas de una erosión poco menos que irreversible.

Esto viene a cuento porque acabo de visitar varias capitales de Europa Occidental, y realmente me impresionó la casi indigente presencia de miles de jóvenes latinoamericanos, a duras penas escapados del terror, la tortura y la muerte en sus respectivos países, y ahora precariamente anexados, no precisamente a la población regular sino a otra inestable, casi marginal, de algún modo entreverada con la legión de hippies que ha invadido París, Barcelona, Roma, Florencia y otras ciudades europeas.

Por supuesto, no todos han desembocado en ese callejón sin salida; siempre hay quienes, solucionados por fin sus engorrosos problemas de documentación, ocupación y residencia, trabajan —y a veces estudian— normalmente, relativamente integrados al medio y mirando con mediano optimismo hacia el futuro y posible regreso.

De todas maneras es inquietante el crecido número de jóvenes latinoamericanos que, después de la derrota política, vuelven a ser derrotados —así sea provisoriamente— esta vez por los problemas cotidianos, y de a poco van perdiendo vigor, esperanzas, voluntad, o simplemente vegetan, a la vista pero también al margen de un mundo desenfundadamente consumista que los ignora y a menudo los rechaza.

Reconozco que es una amarga realidad, pero nada ganamos con cerrar los ojos.

¿Cómo se ha operado ese insólito tránsito del aula universitaria y la lucha política,

al mundo hippie y el escepticismo? En primer lugar, hay que tener en cuenta que la mayoría de esos muchachos y muchachas llegan a Europa después de varios y sucesivos exilios, unos como refugiados políticos, otros simplemente como fugitivos, pero otros más sólo por escapar a la miseria o para encontrar la vivienda de que carecían en su ciudad de origen.

Quienes lograron permanecer en algún país de América Latina han tenido, por supuesto, serias dificultades para conseguir trabajo y legalizar su residencia, pero de todas maneras hay una diferencia significativa.

A veces los gobiernos ponen trabas, suspenden el otorgamiento de visas, establecen exigencias desmesuradas como paso previo a la obtención de contratos laborales, etc., pero la solidaridad popular suele burlar estos y otros impedimentos y descubre siempre cómo ayudar al hermano en desgracia. Y esto es así, pese a las agresivas campañas xenófobas que ciertos medios de comunicación desatan contra el recién llegado.

En América Latina el perseguido político no es un extranjero; en Europa capitalista sí lo es, y esto no es peyorativo para el europeo, sino una comprobación tan objetiva como reconocer que en América Latina el extranjero es el europeo.

No hay que olvidar que, con excepción de España (o de Portugal, para los brasileños), el exiliado latinoamericano debe atravesar en Europa otra frontera, la idiomática, que a veces es aún más ardua y erizada que la simplemente geográfica.

Agréguese a ello que muchos de esos exiliados no tienen sus documentos en regla, entre otras cosas porque los gobiernos latinoamericanos que accedieron al poder mediante golpes de fuerza, suelen violar disposiciones internacionales y se niegan a dar pasaporte a sus opositores políticos.

Por eso, cuando uno se encuentra con esos jóvenes del cono sur, a menudo se los ve tiesos, vigilantes, atentos a la eventual presencia de cualquier policía, ya que suele ocurrir que sus documentos no estén en regla, o sencillamente no posean ninguno y cualquier rutinaria demanda de documentación (que afortunadamente son en Europa mucho menos frecuentes que en América Latina) puede significar para ellos la deportación o el confinamiento, ya que es difícil hallar un agente de policía capaz de comprender que en las salidas de apuro no siempre se puede salvar (además del pellejo) el pasaporte. Seguiré con el tema en una próxima nota.

(Exclusivo en México para El Día. Servicio de IPS).